

¡Escucha!

Vivimos tiempos de sordera compartida. El ruido se ha constituido en el hábitat común y necesitamos del grito para comunicarnos. La tecnología nos ha aislado y parecemos extraños con lenguajes subliminales en gestos, signos ya convencionales, ya inéditos. Hemos borrado las palabras suaves, amables, acogedoras. Estamos perdiendo la ternura en sentimientos, afectos. El corazón se nos está agrietando, encogiendo.

¡Escucha! Es la palabra más socorrida, más plural y variada del Antiguo Testamento. A cada momento, Dios pide a su pueblo afinar sus oídos y dejar que las palabras entren hasta el corazón. Es el “Chemá” de los israelitas, el “Uyariy” del pueblo quechua. Hay una relación profunda entre palabra y corazón. Solo las palabras que han sido tamizadas en el corazón son las que dan vida.

Cuando Dios pronuncia su Palabra, crea. Y cuando esa Palabra que es su Hijo, se hace carne, entonces nuestras palabras asumen un carácter creador, constructivo. Es la fuerza de la fe. Creer es crear, innovar, abrir brecha. Para que esa fe sea cocreadora necesita un hábitat especial: El corazón y allí en ese corazón se deja escuchar el silencio que da forma, contenido y sentido a nuestra existencia.

Jesús va al Jordán a hacerse bautizar. Entra a la fila de los humanos que buscan la novedad de la conversión, no porque lo necesite, sino porque en su humanidad necesita configurarse con el ser humano en su totalidad. Y allí interviene el Padre con su voz de trueno para decirnos: “Este es mi hijo muy amado, escúchenlo”. Y esa Palabra se hace vida en nuestras vidas como los amados, predilectos de Dios a la escucha de su Palabra.

Cochabamba 05.03.23

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com